

## EL TERCER PROBLEMA

por JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

Lo dicen algunas encuestas: los políticos son considerados el tercer problema tras el paro y la economía (o algún problema local). La cosa tiene envidia, oiga, aunque el escaso cariño hacia eso que dan en llamar la clase política no viene de ahora. Menudean desde hace siglos los pronunciamientos no demasiado favorables para con los gestores públicos. Fijense, Eurípides pensaba que los demagogos, aunque suelen hacer las delicias del pueblo (a ver, para eso son demagogos, no faltaría más), también pueden acarrearle la desgracia. Erasmo nos avisa de lo dañoso del poder en manos de "un hombre necio o malo" Castelar, que por cierto era del gremio, afirmaba que en España "todo el mundo prefiere su secta a su patria" Don Gregorio Marañón sostenía que para los políticos es humillante y suicida reconocer una equivocación Mucho más recientemente, Jiménez de Parga consideraba a los partidos "agencias de colocación generadoras de fieles empleados".

No son estas las opiniones de unos ignoraros atrevidos, pronunciadas entre el vaho etílico de las tabernas; proceden de gente con acreditada solvencia intelectual, que ha escudriñado las entretelas de muchas cosas, entre ellas las de la política. La mala fama tradicional, más o menos motivada, parece que crece en estos tiempos de turbación. Chirrían los casos de corrupción, hieren la sensibilidad de la ciudadanía los privilegios (algunos reales, otros sólo aparentes y sujetos a una percepción más bien demagógica de las cosas); se hacen más ostensibles, por contraste con la situación general, ciertos usos y prosopopeyas y la epidermis social se llena de ronchas, mientras el catálogo de adjetivos referido a los políticos ocupa varios tomos. Como colofón, el escepticismo contagioso adopta como lema "todos son iguales"

No seré yo, que algo conozco de la vida política, quien ponga en duda que son legión los que abusan, y que algo de razón llevaba lord Acton cuando se refería al ejercicio del poder (y al del poder absoluto) con una sentencia que no reproduciré, pues ya hemos tenido bastante con los dichos de los arriba mencionados. Pero pecaría de injusto si no pusiera aquí alguna reflexión sobre la cosa, no tanto en descargo de los

políticos cuanto por necesidad de buscar las causas de los males en tierra firme, puesto que aquéllos no son alienígenas, sino que pululan con nosotros por los mismos rincones de la sociedad, aunque algunos algo más henchidos.

De modo que hay que empezar por considerar, aunque esto parezca una perogrullada, que los políticos son absolutamente necesarios porque cumplen funciones en la organización social que sólo pueden ejercerse por representantes, no por el común de la ciudadanía. De Pero Grullo, sí, pero no faltan quienes en el fondo piensan que sin ellos todo iría mejor. La generalización es peligrosa, y considerar que porque haya políticos sin escrúpulos todos han de carecer de ellos, es tan demencial como pensar que porque un médico yerre en un diagnóstico, o a un arquitecto se le venga abajo un edificio, todos los del gremio son unos mantas.

Grave derivada de esto es que no faltan quienes asimilan la incompetencia de no pocos con la inviabilidad de la democracia, y nos exhiben añoranzas de regimenes periclitados por el tiempo, por el sentido común y por la soberanía nacional, como si en aquellas épocas no hubiese políticos, y no pocos corruptos; eso sí, arropados por la opacidad del sistema y por la correlativa impunidad. No puedo dejar de retrotraerme a la Dictadura de Primo, con los afanes corporativistas del marqués de Estella como fórmula de superación de los usos de la Restauración; afanes que después inspiraron a buena parte de la derecha de la República y que, finalmente, fueron prohijados por el régimen del general Franco. El corporativismo es un gran fracaso porque supone el rechazo de la capacidad del individuo para ejercer su libre albedrío en lo político y en lo ciudadano. La izquierda antigua tampoco es inocente en la superación del individuo y su sumisión a un



colectivo innominado sujeto a entelequias como la dictadura del proletariado y otras lindezas, tan igual y felizmente caducas como el corporativismo.

Supuesto esto, bueno será que sepamos aventar la paja y quedarnos con el trigo: entre la clase política hay muy buenos gestores, honrados representantes, acreditados trabajadores. Seguirán existiendo inútiles y corruptos, parece inevitable. Por ello son imprescindibles la transparencia, el trabajo de los medios de comunicación y el ejemplo de los políticos íntegros, que han de sobrellevar la especial carga de responsabilidad que la sociedad coloca sobre sus hombros, en tanto que servidores públicos, con especial fortaleza. Responsabilidad que debe pesar igual a un ministro que al concejal del pueblo más pequeño. Todos son políticos y, aunque los medios de que disponen unos y otros son muy dispares, y la capacidad de gestión es incomparable, el sustrato ético es idéntico. Por lo tanto, en la medida en que nuestros gestores consigan igualarse en el plano moral, aferrados al cumplimiento del deber, desaparecerá la percepción de que "todos son iguales" por manifestar ambiciones desmedidas, por ateponeer intereses de partido a los de la comunidad, y por tantas otras cosas.

En fin. Si nuestros políticos son un problema, en muy buena medida es porque la ciudadanía española aún no ha consolidado una cultura democrática sólida. Cuando los políticos son intolerantes, seguro que es porque el germen de la intolerancia está entre nosotros mismos. Cuando se corrompen con facilidad, es porque aún se admite esto sin grandes aspavientos. Un servidor ha llegado a escuchar, respecto de alguien que metió la mano en la caja: "para que lo hagan los otros, que sea uno de los míos". El avance social, siempre de la mano del destierro del analfabetismo, es clave para que los políticos, hechos a nuestra imagen y semejanza, dejen de convertirse en problemas y pasen a ser aliados naturales de los ciudadanos a los que se sirven, no de los que se sirven. Me parece.